

Aislamiento y vacío

LA ISLA DE LOS MUERTOS

Jean Frémon

Traducción de Encarna Castejón

Alianza. Madrid, 2004

253 páginas, 15 euros

EN una escena de *La isla de los muertos* del escritor francés Jean Frémon, un protagonista que ciertamente no es el autor, pero que se le parece mucho, está mirando unas fotos y se detiene a describirnos una: en ella están él y dos amigos bebiendo en un conocido local cerca de los Campos Elíseos, después de un concierto de música contemporánea dirigido por Sir George Solti con Bárbara Hendrix como vocalista. De repente, la Hendrix entra en el bar, sola, con un enorme abrigo de pieles blanco. Se sienta cerca pero, naturalmente, no pasa nada. Su presencia despierta en cambio en el narrador el recuerdo vago de cualquier otra anécdota, y ésta le lleva a unos comentarios banales sobre la mano de Solti dirigiendo a la orquesta y la

mano a su vez a cualquier otro dato cuya conexión casi siempre resulta incierta, forzada, en la interminable cadena de insignificancias en que disuelve el conjunto de la novela.

Resulta imposible, después de leer este largo monólogo transcrito en el que un personaje sin nombre que perora de forma interminable sobre todo y sobre nada, no representarse al propio autor, al flamante director de la Galería Internacional Lelong, a uno de los valedores de la mejor pintura abstracta de la segunda mitad del XX (de Kounellis a Saura, de Sean Scully a Louise Bourgeois) en una velada mundana en cualquier bar parisino. No es que el libro de Jean Frémon carezca por completo de interés y sea un intento narrativo totalmente frustrado. El poder de evocación de un determinado *ambiance*, ese mundo de los amateurs del arte, no constituye un mérito menor en este caso. De hecho, a pesar de que evidentemente se trata de una novela experimental (si es que se puede hablar de tal cosa en novela a estas alturas),

la estructura narrativa de la obra aparece con bastante claridad. Hay un relato principal o marco, las anotaciones de un conservador de un Museo de Historia Natural, y toda una serie de relatos secundarios (las cartas, diálogos, capítulos de libros y anotaciones de los personajes que forman su entorno) que complementan la trama, en cierto sentido alivian la pesadez del monólogo principal y hacen de contrapunto a la voz del narrador.

Un mundo sin hilos

Tampoco puede decirse que la temática resulte vana o que las múltiples referencias culturales que anudan la narración sean enteramente gratuitas. Frémon ha buscado afanosamente en el baúl de su amplia cultura pictórica, literaria y musical, pero también matemática y científica, lo que pudieran parecer auténticas perlas en el orden de un conocimiento cosmológico. El motivo inicial, sugerido por el título (*La isla de los muertos*), que a su vez lo es de un

cuadro homónimo del pintor suizo Arnold Böcklin, pretende cargar el relato con una evidente polisemia referida a las nociones de aislamiento, vacío y muerte. Un mundo sin hilos, carente de centro, de un único eje sobre el que girar, se refleja formalmente en el frío catálogo de hechos, sensaciones aisladas y aviesas presencias que pueblan este texto. ¿Cuál es el problema, entonces? ¿qué puede ser lo que impide que esta novela resulte verdaderamente elocuente? En materia de creación las menores diferencias abren grandes abismos entre lo sublime y lo ridículo. Los límites al género novelesco sólo pueden provenir de una razón interna, pero no basta tampoco con adoptar modelos de informalidad. Entre otras cosas, hace falta trabar un ritmo, como en Hrabal, y conocer el difícil arte de la resonancia poética; eso que han dominado entre otros Joyce, Cortázar o, más cerca, Sebald. Un don. Sin duda se trata de un don.

Álvaro de la Rica